

Pauper et excussos furtim deducit amictus.

Esta corrección es ingeniosa sin duda; pero tal vez no es completa. El vestido de las damas romanas se componía de trajes de largos pliegues, cuya simetría podía desarreglarse al menor movimiento. Un amante poco afortunado, que para conciliarse la benevolencia de su amada, no tuviese más recurso que tratar de complacerla con atenciones delicadas, podía aprovechar algún momento favorable para remediar el desorden del vestido furtivamente, y sin que nadie se diese cuenta de ello. La significación de *deducit*, en cualquiera acepción en que se le quiera tomar, no puede adaptarse á la idea del autor.

Por medio de un ligero cambio, se podía obtener un texto claro y fácil:

Pauper et excussos furtim redducit amictus.

La lección de Pottier, en efecto, mejora la de Heyne; pero no es verdad que la expresión *deducit*, no pueda adaptarse á la interpretación de Heyne, porque Ovidio, en el Libro I de los Amores, VII, 47, dijo: «*unicam deducere*,» y Estacio ha dicho también, «*vestem deducere*.»

Baehrens, en su obra *Albii Tibulli Elegiarum Libri Duo*, ha propuesto otra modificación. Substituye *furtim* con *raptim* y *et excussos* con *ad hoc cinctos*, y lee *Pauper ad hoc cinctos raptim deducet amictus*.

La interpretación que resulta del cambio de *amicos* por *amictus*, parece que se hermana más con el sentido del verso siguiente:

Vinclaque de niveo detrahet ipse pede,

y tiene, además, en su apoyo, el Códice Guelferbitano; pero la verdad es, que ninguno de los comentadores de Tibulo se ha atrevido á hacer la modificación del texto. La traducción ha debido, en consecuencia, sujetarse al texto admitido por todos,

At tu, qui potior nunc es, mea fata timeto.—Este pasaje de Tibulo, recuerda el Epodo XV de Horacio, cuando le dice al amante de Neera:

At tu, quicumque es felicior, atque meo nunc
Superbus incedis malo.

LIBRO I.—ELEGÍA VI

El texto de esta Elegía fué modificado por Escaligero.

Escaligero, después del verso 32, agregaba los seis

versos finales de la Elegía V, que comienza con el siguiente:

Non frustra quidam iam nunc in lumine perstat.

Después de esta inserción, continuaba sin variación alguna el texto de la Elegía VI.

En la época moderna, Müller y Baehrens han hecho algunas trasposiciones modificando el orden de los versos; pero suprimiendo la adición de Escaligero, que no ha sido aceptada por ellos. Müller ha colocado los versos 25 á 32, entre los versos 20 y 21. Baehrens ha seguido otro orden en la distribución de los versos, á saber: 1 á 16, 21 y 22, 17 á 20, 25 á 38, 23 y 24, 39 á 85.

Los cambios de Müller y Baehrens, no están justificados.

Müller tiene razón para estimar que no están bien unidos los versos 20 y 21; pero sin duda, tampoco están mejor colocados, donde él los pone, los versos 25 á 32. Igual observación puede hacerse respecto de las trasposiciones de Baehrens.

La verdad es que, con rarísimas excepciones, todas las Elegías de Tibulo pueden sufrir modificaciones más ó menos felices, que pueden apoyarse con gran acopio de razonamientos; pero nada autoriza á abandonar el orden tradicional que se observa en todos los M. SS.

Según la clasificación de Dissen, á que nos hemos referido varias veces, la Elegía VI es la última de las Delianas.

Quid tibi saevitiae mecum est?—Esta frase ha sufrido varias modificaciones. La lección de Broukhusio, seguida por casi todos los comentadores, dice: *Quid tibi, saeve puer, mecum est?* Martínón dice que esta corrección da á *quid tibi, mecum est* un sentido inaceptable, y que es preferible conservar, en lugar de *saeve puer, saevitiae*, tomando *mecum* en el sentido de *contra mí*. Yo he traducido, ¿Por qué eres cruel conmigo? y creo que esta es la correcta interpretación del pasaje.

Sacra Bonae, maribus non adeunda deae.—Mucho han discutido los comentadores de Tibulo con motivo de este pasaje. Algunos, entre ellos Müller, creen que Tibulo se refiere al culto de Isis, porque las ceremonias de este culto daban ocasión ó pretexto á las mujeres para salir á la calle; pero debe tomarse en consideración, que el culto de Isis no estaba prohibido á las personas del sexo masculino, como el de la Buena Diosa, á que el poeta hace referencia.

La mayor parte de los comentadores, dicen que Tibulo se refirió al culto de Cibele, también conocida bajo el nombre de la Buena Diosa.

Plutarco, en la vida de César, da una explicación que juzgo muy satisfactoria, la cual, acompañada de lo que Macrobio dice en las Saturnales, disipa toda

duda. Dice Plutarco: «Adoran los romanos una divinidad á quien llaman Buena Diosa, como tienen los griegos su Ginecea ó la diosa de las mujeres. Los Frigios, que quieren apropiársela, aseguran que era la madre del rey Midas; los romanos aseguran que su Buena Diosa es una de las Driadas, y los griegos pretenden que era la madre de Baco, á quien no era permitido nombrar. Cuando las mujeres celebran su fiesta, cubren sus tiendas con hojas de vid, y según la fábula, hay un dragón siempre á los pies de la estatua de la Diosa. Mientras duran los misterios de la Buena Diosa, no se permite á ningún hombre entrar á la casa donde se celebran. Las mujeres practican varias ceremonias semejantes á las que se observan en los misterios de Orfeo. Cuando llega la época de la fiesta, el cónsul ó el pretor sale de su casa con todos los hombres que la habitan. La mujer que queda en ella la adorna con la mayor decencia. Las principales ceremonias se verifican durante la noche, y ellas están llenas de diversiones y conciertos.»

Macrobio, en el Libro I de las Saturnales, Capítulo XII, cita á Cornelio Labeo, quien dice, que en las calendas de Mayo se dedicó un templo á Maya, bajo el nombre de la Buena Diosa, y agrega, que los más sagrados misterios del culto, demuestran que la Buena Diosa y la Tierra son una misma cosa, y que en los libros de los Pontífices se le daban los nombres de Fauna, Opis y Tatua. Más adelante, dice que entre

los griegos se la llamaba la divinidad de las mujeres, y Varrón agregaba que era hija de Fauno; que era de tal manera púdica, que su nombre no se pronunciaba en público, y que ni había visto á ningún hombre, ni había sido vista por ninguno.

Todos los comentadores de Tibulo, con motivo de este pasaje, recuerdan el conocido episodio de Clodio, quien enamorado de Pompeya, mujer de César, merced á un disfraz pudo penetrar á la casa donde se celebraban los misterios de la Buena Diosa, á pesar de la regla que prohibía la entrada á los hombres. Clodio fué descubierto por una de las mujeres de Aurelia, y ésta dió punto á las ceremonias del culto, veló las cosas sagradas, y lo arrojó á la calle ignominiosamente, sacándolo del cuarto de una de las esclavas de Pompeya. Cicerón, Respuesta á los Aruspices, contra Clodio, párrafo XVII. Plutarco, Vida de César; Séneca, Epístola XCVII.

Juvenal, en la II de sus Sátiras, y cuando hace burla de los filósofos corrompidos que en secreto se entregaban á los más degradantes vicios, dice que, á imitación del culto de la Buena Diosa, ellos celebraban sus misterios prohibiendo la entrada á las mujeres. Ofrecían á la Diosa una gran cratera llena de vino y una puerca. Juvenal dice:

Sed more sinistro
Exagitata procul non intrat femina limen.
Solis ara deae maribus patet. Ite profanae
Clamatur.

Quisquis colit arte capillos et fuit effuso cui toga laxa sinu.—Los hombres galantes de Roma se arreglaban y rizaban los cabellos, y usaban togas muy amplias, de anchos pliegues, las cuales extendían sobre el pecho.

Ovidio, en el Remedio de Amor, 679, aconseja no hacer ningún esfuerzo para agradar á la mujer que se desea olvidar, y á ese efecto dice:

Nec compone comas, quia sis venturus ad illam
Nec toga sit laxo conspicienda sinu.

El mismo Tibulo, en la Elegía III del Libro II, se lamenta de llevar la toga suelta y amplia si no ha de ver á su amada.

Nunc si clausa mea est, si copia rara videndi.
Heu! miserum, laxam quid iuvat esse togam?

Era propio de los afeminados y de los libertinos usar la toga flotante y desceñida.

Séneca, en su Epístola CXIV á Lucilio, hace de mano maestra la pintura de Mecenas, y manifiesta, que quien lea sus discursos, no podrá imaginarse que sea el mismo que andaba en Roma con la túnica flotante.

«Hunc esse qui solutis tunicis in urbe semper incesserit? Nam etiam quum absentis Caesaris partibus fungeretur signum a distincto petebatur.»

Cicerón, en su segunda acción contra Verres, Libro V, párrafo 13, lo describe en Sicilia, vestido con su manto de púrpura y larga toga, entregado á los placeres, alejado del foro, y abandonando los negocios del pueblo. «Ac per eos dies, quum iste cum pallio purpureo talarique tunica versaretur in conviviis muliebribus, non offendebantur homines in eo.»

Escaligero, en su Comentario de Catulo, dice que Séneca, en sus Epístolas, llama á estos elegantes *descapulatos, qui tunicis demissis ambulat* como el Martinus de la Sátira II, del Libro I de Horacio.

Haec ubi Bellonae motu est agitata.—Belona era la diosa de la guerra, hermana de Marte. En el mes de Junio, los Belonarios, sacerdotes de Belona, le hacían sacrificios, y, en medio de las ceremonias del culto, se flagelaban y herían los muslos, los brazos y el seno, para ofrecerle la sangre que en su honor derramaban. Así lo enseña Acrón, el escoliasta de Horacio, cuando dice: «sacerdotes Bellonae, qui lacertos humerosque concidebant sanguine suo Bellonae sacrificantes.»

Lucano, en la Farsalia I, 565, habla de los ritos de los sacerdotes de esta diosa, cuando dice:

Tum quos sectis Bellona lacertis
Saeva movet cecinere deos;

Los sacerdotes de Bellona recorrían las calles de la Ciudad, perturbando su silencio con sus gritos ince-

santes. Marcial recuerda esta costumbre en su epigrama á Esparso, Libro XII, 57, y dice:

Nec turba cessat entheata Bellonae,

explicando por qué tan á menudo se va á su modesto campo de Nomento.

Á Belona la introducían los dramaturgos en las Tragedias, y ella recordaba los beneficios hechos al pueblo romano. Á esto alude Plauto, sin duda, cuando en el Prólogo de Anfitrión dijo:

Nam quid ego memorem, ut alios in tragoediis
Vidi, Neptunum Virtutem, Victoriam,
Martem, Bellonam, commemorare quae bona
Vobis fecissent?

«Bellona, dice Varrón, Libro V, 73, a bello nunc, quae Duellona a duello.»

Servio, Comentario de Virgilio, Libro XII, 118, califica á Marte, Belona y Victoria como *dii comunes*, quia hi in bello utriusque parti possunt favere.

Quamvis non vitta ligatos impediatur crines, nec stola longa pedes.—Este pasaje de Tibulo ha arrojado viva luz acerca de la condición social de Delia. Los Comentadores de Tibulo han demostrado, que Delia era probablemente una liberta, como la Mirtale de que habla Horacio en la Oda XXXIII del Libro I, porque eran las matronas romanas las únicas que po-

dían usar la estola hasta los pies, y tejer con cintas, *vittæ*, sus cabellos.

Ovidio, en las Pónticas, cuando se dirige á Fabio Máximo, Libro III, III, 51, explica que jamás ha tratado de seducir á las esposas, y que ha prohibido la lectura de sus libros á aquellas á quienes las leyes no les permiten tener amantes. Él dice que ha escrito para las que no atan con cintas sus cabellos, ni llevan la estola larga hasta los pies.

Scripsimus haec illis, quarum nec vitta pudicos
Contingit crines, nec stola longa pedes.

El mismo Ovidio, en el Libro I del Arte de Amar, 31, llama á las cintas que se ataban á los cabellos, «insignia del pudor,» y hace ver, que la estola larga ó *instita longa*, la llevaban las matronas.

Este procul, vittae tenues, insigne pudoris,
Quaeque tegis medios, instita longa, pedes.

Al citar el mismo Ovidio estos versos en la Elegía I del Libro II de las Tristes, agrega:

Ecquid ab hac omnes rigide summovimus Arte
Quas stola contingi vittaque sumpta vetat?

Quando en el Libro IV de los Fastos, 134, Ovidio invita á dar á Venus el culto que merece, á fin de hacer ver que no se dirige á las matronas, vuelve á decir:

Et vos, queis vittae longaue vestis abest.

Ferrario, en la Nota que Abbes Gabema reproduce en su edición de Tibulo, cita dos pasajes, uno de Cicerón y otro de Petronio, que hacen ver que la estola era el vestido de las mujeres.

Cicerón increpa á Antonio en la II Filípica.

«Sumpsisti virilem togam, quam statim muliebrem stolam reddidisti?» Petronio dijo: «Quid ille alter, qui die togae virilis stolam tanquam togam sumpsit.»

Por eso Ulpiano dijo: «Muliebria sunt quae matris familias causa parata sunt, quibus vir non facile uti potest sine vituperatione: veluti stolae, pallia, tunicae, etc.»

Ducit inops tremula stamina torta manu, etc.—

La mejor explicación que se puede dar de este difícil pasaje, es reproducir la Nota relativa de Martínón.

«La dificultad de este verso, generalmente mal explicado, depende de la falta de precisión del vocabulario técnico latino, en materia de tejidos; parece que las mismas palabras pueden significar indistintamente hilo ó tejido, cadena ó trama; la confusión es muy común en poesía. Creemos, sin embargo, que si uno se diese cuenta exacta de la operación, llegaría fácilmente á aclarar el sentido del verso. Notemos desde luego, que no se trata aquí de una particularidad de la operación, como por ejemplo, en la Elegía I, Libro II, sino de la operación misma enunciada someramente

en una perifrasis: ella teje, como en el verso precedente, ella hila. Agreguemos, que los epítetos se refieren naturalmente á los sustantivos del verso. Es absurdo querer referir *firma* al sujeto, dado que el poeta acaba de decir «*victa senecta y tremula manu*,» por otra parte, estos epítetos se corresponden; *conductis* no significa, pues, como lo cree Heyne, que se ha encargado de la obra por un salario. Dicho esto, veamos la operación. El tejido consiste esencialmente en hacer pasar un hilo horizontal llamado trama, entre los hilos verticales que se llaman cadena, los cuales están separados en pares ó impares, y se cruzan por medio de movimientos alternados para encastrar la trama y ligarse con ella. En consecuencia, *licia firma* son los hilos de la cadena: podríamos agregar, que los hilos de la cadena, á consecuencia del trabajo que están llamados á proporcionar, son más sólidos que la trama. Por otra parte, *telis conductis* es la trama guiada, entre los hilos de la cadena, por la mano de la obrera, ó si se quiere, por la lanzadera que la lleva. El plural está justificado por el hecho de que la trama se divide en una infinidad de hilos horizontales, y de este modo la obrera une (*annectit*) á la trama ó con la trama, los hilos de la cadena. Aparentemente debe tomarse en el mismo sentido una expresión de Virgilio mal explicada (*Geórgicas*, Lib. I, 285), *licia telae addere*, donde el singular *telae*, que corresponde mejor todavía al francés *trame*.

LIBRO I.—ELEGÍA VII.

La Elegía VII, escrita para celebrar el natalicio de Mesala, y recordar con este motivo sus hazañas guerreras en Aquitania y en Cilicia, en Siria y en Egipto, es la VIII, según Escalgero y Voss.

La Elegía VI de Escalgero, está formada por los versos 37 á 70 de la Elegía V; la VII es la VI, y así sucesivamente.

Esta Elegía, como la III, ha tenido también la rara fortuna de escapar á todo cambio ó trasposición. Sin embargo, el texto ha dado lugar á una importante discusión.

¿Como lo cree Dissen, Mesala ganó la victoria de Aquitania el día de su cumpleaños, ó según las conjeturas de Heinsio y Baehrens, las Parcas predijeron sólo, que un día Mesala había de vencer á los Aquitanos? En el primer caso, debe subentenderse *diem* en el tercer verso, en el segundo *ducem*, como quiere Heinsio, ú *olim*, como dice Baehrens. Yo he seguido á Heinsio al traducir el principio de la Elegía. Martiñón juzga que era demasiada coincidencia, que la victoria de Aquitania tuviera lugar el día del aniversario

de Mesala, cuando ya en él se había verificado la célebre batalla de Filipos.

Hunc cecinere diem Parcae.—Según Wunderlich, *cecinerere* se ha empleado en lugar de *praedixere*, tanto en esta Elegía, como en la V del Libro IV de Sulpicia. Horacio, en el Canto Secular, dijo también:

Vosque veraces cecinisse Parcae.

Las Parcas eran tres: Cloto, Laquesis y Atropo, encargadas todas de hilar el estambre de la vida. La primera, manejaba la rueca; la segunda, hacía girar el huso, y la tercera cortaba el vital estambre. Según la Teogonía de Hesiodo, las Parcas fueron, ó hijas de Temis, á quienes Júpiter colmó de honores, porque dan á los mortales los bienes y los males; ó hijas de la Noche, encargadas de perseguir los crímenes de los hombres y de los dioses.

Cicerón, en su Tratado de Natura Deorum, III, XXVII, dice que las Parcas fueron hijas del Erebo y de la Noche.

Según Homero, en su Himno á Mercurio, las Parcas habitaban en un valle del Parnaso, con las cabezas cubiertas de harina blanca.

Los escritores griegos y latinos representaron siempre á las Parcas hilando el estambre de la vida. Teócrito, en el Idilio I, dice, que en vano Afrodita quiso reanimar al Pastor, porque las Parcas habían dejado de hilar.

Platón, en el final del Libro X de la República, presenta á las Parcas en el trono de la Necesidad, y á cada una da su habitual tarea: Cloto, con la rueca en la mano; Laquesis, haciendo girar el huso, y Atropos enrollando el hilo.

Horacio, en la Oda III del Libro II, dijo:

et sororum
Fila trium patiuntur atra.

Ovidio, en Ibis, presenta á Cloto urdiendo el estambre fatal con mano desgraciada.

Nevit et infausta stamina pulla manu.

Marcial, en el Epigrama LXXIII del Libro IV.

Ultima volventes orabat pensa sorores.

Las Parcas predecían el porvenir de los seres humanos, y cantaban los himnos nupciales.

En las Aves de Aristófanes (traducción de Barai-bar), el Semicoro dice: que entre semejantes himnos (los nupciales) enlazaron las Parcas á la Olímpica Juno con el rey de los dioses.

Catulo, en su poema traducido ó imitado de Callimaco, «Epitalamio de Tetis y Peleo,» hace que las Parcas entonen el himno nupcial, profetizando el destino de los esposos.

Verídicos Parcae coeperunt edere cantus.

Tremere fortis milite victus Atax.—Estrabón, en el Libro IV de su Geografía, y al tratar de la Galia Trasalpina, dice, con referencia al Atax, lo siguiente:

«Á una pequeña distancia de Narbona se remonta el Atax; pero el camino que se tiene que hacer por tierra para llegar á Garona, es más largo, y se estima en 700 ú 800 estadios.» No se puede identificar mejor este río, que se hizo célebre á causa de la victoria de Mesala.

Tarbella Pyrene Testis, et Oceanum Littora santónici.—Se refiere Tibulo á los Pirineos Tarbélicos, ó sea á la parte de aquellas montañas ocupada por los Tarbelos. Estrabón, en el Libro ya citado, dice: que este pueblo estaba en posesión de ricas minas de oro. Los Tarbelos se hallaban á la orilla del Océano. Las playas del Santónico Océano son las comprendidas entre el Loira y el Garona, ó sea el límite Occidental de la Aquitania. Estrabón (loc. cit.) dice, que los *Santones* eran de origen galo. La capital de los santones era Mediolanum.

Marcial, en el Epigrama CXXVIII del Libro XIV, llama Santónico á un capote hecho en aquella parte de la Galia.

Gallia Santonico vestit te bardo cucullo.

Marcial ha empleado también el adjetivo «Santónico» para significar un sabor de ajeno á causa de aquella región de la Galia: Epigrama XCV, Libro X.

Santonica medicata dedit mihi pocula virga.

Testis arar Rhodanusque celer magnusque Garunna. . . . et . . . Liger.—Son los cuatro grandes ríos de la Galia; el Saona y el Ródano, el Garona y el Loira. Aulo Gelio, citando á Varrón, en las Noches Áticas, Libro X, Capítulo VII, dice: «Varrón, además, cuando habla de esta parte del Orbe que se llama Europa, pone al Ródano entre uno de los tres más grandes ríos, hasta el grado de creer que es émulo del Ister.»

An te Cydne, canam.—El Cidno es un pequeño río de la Cilicia. Estrabón, en el Libro XIV, dice: «Después de Anchial está la desembocadura del Cidno, en el lugar llamado *Rhegnia*; este es un lago en el cual se ven restos de antiguos astilleros, y en el cual se arroja el Cidno; tiene su nacimiento en aquella parte del *Taurus* que está encima de *Tarsus*, y atraviesa esta Ciudad antes de llegar al lago.» Este río, dicen los comentadores, es célebre, porque en él estuvo á punto de ahogarse Alejandro el Grande. Debe también recordarse, que en este río tuvo lugar el encuentro de Antonio con Cleopatra, que magistralmente describe Plutarco en la Vida de Antonio. Véase Pomponio Mela, Libro I, Capítulo XIII.

Intonsos Taurus alat Cílicas.—El Tauros es la cadena de montañas que se extiende de Occidente á Oriente, y que divide al Continente Asiático en dos

partes, septentrional y meridional, sirviéndole como de cintura. Estrabón, Libro XI, Capítulos I y XVI.

Alba paloestino sancta columba Syro.—Las palomas estaban consagradas á Venus. La Venus de Siria ó Astarté, que es, como dice Cicerón, De Natura Deorum III, XXIII, la cuarta Venus, «quarta, Syria, Tyroque concepta, quae Astarte vocatur,» nació del huevo que cayó del cielo sobre el Eufrates, y que empollaron las palomas. La predilección de Venus por las palomas, dice Mirabeau, Traducción de Tibulle, Tomo I, página 65, proviene de su ternura, de su aptitud para el placer, de su singular fecundidad, y de la voluptuosidad de sus caricias.

Nile pater, quanam possim te dicere causa.—Sabido es que, durante muchos siglos, fué motivo de constante interés hallar las fuentes del Nilo. Muchas son las versiones que Herodoto refiere á este propósito (Euterpe, 13 á 34), pero ninguna tan singular como la que le contó Sais, tesorero del templo de Minerva. Según él, el Nilo brotaba de un abismo sin fondo, situado entre las dos montañas, Crofi y Mofi, y repartía sus aguas dando la mitad al Egipto, y la otra mitad á la Etiopía. Diodoro de Sicilia, Biblioteca Histórica, Libro I, XXXVII, hace alusión á todas las opiniones de los filósofos é historiadores, y encuentra justificadas las opiniones de los habitantes de Meroe. Pomponio Mela, de Situ Orbis, Libro I, Capítulo IX, al ha-

cer la descripción del Nilo, asegura que sus fuentes se encontraban en los desiertos del Africa.

Horacio, en la Oda XIV del Libro IV, habla del origen desconocido de las fuentes del Nilo.

Te, fontium qui celat origines,
Nilus.

Plinio, Libro V, Capítulo IX, al hablar del Egipto, dice:

Nilus incertis ortus fontibus, it per deserta et ardentia.

Véase todo el Diálogo de César y Acoreo, en el Canto X de la Farsalia. El pensamiento de Horacio y de Tibulo ha sido repetido por Lucano.

Arcanum natura caput non prodidit ulli
Nec licuit populis parvum te, Nile, videre
Amovitque sinus, et gentes maluit, ortus
Mirari, quam mosse, tuos.

Claudiano in Rufinum, Libro II, versos 243 y 244, dijo:

Si calcare Notum, secretaque littora Nili
Nascentis iubeas.

Y además, en el Idilio *Nibus*, donde dice

Huctibus ignotis nostrum procurrit in orbem
Secreto de fonte eadens.

*Te canit atque suum pubes miratu Osirim bar-
bara.*—Osiris, según Diodoro de Sicilia, es el Sol, hijo

de Saturno y hermano y esposo de Isis, la Luna. Isis hizo á los Egipcios los mismos bienes que Ceres á los Griegos, y Osiris, por sus expediciones lejanas, se confunde con Baco. (Biblioteca Histórica, Libro I, Capítulo XI y XXVII).

Herodoto no sólo cree que Osiris y Baco se confunden, sino que asienta que son la misma cosa. «Todos los Egipcios, dice (Euterpe XLII), no honran á los mismos dioses del mismo modo, excepto á Isis y á Osiris (este último se dice que es Baco), á quienes por todas partes se le honra de la misma manera.»

En el Tratado de Isis y Osiris, de Plutarco, que es uno de los monumentos más preciosos que tengamos sobre las antiguas divinidades egipcias, se dice que fué hijo de Saturno y de Rea, y que cuando reinó en Egipto, apartó al pueblo de la vida indigente y salvaje, le enseñó á cultivar la tierra, le dió leyes, y lo acostumbró á honrar y reverenciar á los dioses. Plutarco asienta, que los griegos creyeron que era Baco, porque había recorrido todo el mundo y había educado á los pueblos, no por la fuerza de las armas, sino valiéndose de la persuasión y de la música. Osiris, para los egipcios, es el Nilo, pues así como los griegos identifican á Saturno con el tiempo, á Juno con el aire, á Vulcano con el fuego y á Maya con la tierra, así los egipcios pensaban que la unión de Isis y Osiris, era la de la Tierra con el Nilo, y que éste derramaba sus aguas en el mar, que no era otro sino Tifón.

Creían los egipcios, que un buey era la mejor imagen de Osiris, y por eso, cuando las aguas del Nilo decrecían, los sacerdotes hacían varias ceremonias, y entre otras, paseaban un buey con los cuernos dorados cubierto con linos negros, para representar así el duelo de la diosa Isis.

Cuando los egipcios querían representar á Osiris en su escritura geroglífica, dice Macrobio (Las Saturnales, Libro I, Capítulo XXX), gravaban un cetro, y sobre él esculpían la figura del ojo. Querían expresar con tal signo, que Osiris era el sol, y que él podría ver todas las cosas.

Memphiten plangere docta bovem.—El buey Apis era una divinidad entre los egipcios, y se dice, que á cuerpo pasó el alma de Osiris. Pomponio Mela, *Situ Orbis*, Libro I, Capítulo IX, nos da la descripción del buey Apis. «Apis populorum omnium numen est; bos niger, certis maculis insignis, et cauda linguaque dissimilis aliorum.»

Dice Cicerón, hablando del buey Apis. De Natura Deorum, Libro I, XXIX. «Apim illum, sanctum-Egyptiorum bovem, nonne Deum videri Egyptiis.»

En Egipto tambien un buey es adorado como una divinidad, dice Plinio, Libro VIII, Capítulo XLVI, le llaman el buey Apis. Se le distingue porque tiene una mancha blanca en el lado derecho, de la forma de la Luna nueva; y además un nudo debajo de la lengua, que se llama *cantharus*. Casi nunca su vida excede

de cierto número de años, porque lo ahogan en la fuente de los sacerdotes, á fin de substituirlo en medio de un duelo general. Mientras encuentran otro, todos están llenos de tristeza, se afeitan la cabeza, y sin embargo, no se le busca durante largo tiempo. Cuando lo han encontrado, es llevado á Menfis por los Sacerdotes. Hay dos templos iguales que se llaman *thalamos*, y son augurios para el pueblo, favorable si entra en uno, adverso si entra en el otro. Él responde á los particulares tomando alimento de sus manos.

Bacchus et agricolae magno confecta labore.—Han discutido los comentadores si Tibulo ha querido identificar á Baco con Osiris, y ha hecho uso indistintamente de un nombre por otro. Parece imposible que éste haya sido el propósito de Tibulo. Ha hecho uso, sin duda, del nombre del dios para referirse al vino, como Ceres se emplea para hablar del trigo. Esto es muy común en los poetas latinos, y podríamos citar muchos pasajes para comprobarlo.

Cicerón, De Natura deorum, Libro II, XXIII, dice, que los nombres dados á los dioses, se han aplicado á las cosas que ellos producen.

«Itaque tum illud, quod erat a deo natum, nomine ipsius dei nuncupabant: ut cum fruges Cererem appellamus, vinum autem Liberum: ex quo illud Terentii.»

Sine Cerere, et Libero iriget Venus.

Más adelante, el mismo Cicerón, Libro III, XVI, dice: que estas expresiones fueron creadas por el uso. «Cum fruges, Cererem; vinum, Liberum dicimus; genere nos quidem sermonis utimur usitato.»

Lucrecio, de Natura Rerum, Libro II, 652, texto de Munro, dijo también:

Hic si quis mare Neptunum Cereremque vocare
Constituit fruges et Bacchi nomine abuti
Mavolt quam lacticis proprium proferre vocamen.

Horacio, Oda XI, Libro II; Oda XXI, Libro III; Oda XII, Libro IV. Tibulo, Elegía II, Libro I, verso 3. Virgilio, Égloga VI, verso 15.

El levis occullis conscia cista sacris.—Este pasaje recuerda la Oda XVIII del Libro I de Horacio, cuando exclama:

Non ego te, candide Bassareu
Invitum quatiam; nec variis obsita frondibus
Sub divum rapiam.

Y esta es una prueba más de que Osiris se confundía con Baco; porque en las fiestas de este dios, se llevaban en procesión los canastos que encerraban los misterios sagrados, cubiertos de hojas de yedra y verdes pámpanos.

Catulo, en su Epitalamio de Tetis y Peleo, 259, dijo:

Pars obscura cavis celebrabant orgia cistis
Orgia, quae frustra cupiunt audire profani.

Robinson Ellis, en su obra «A Comentary on Catullus,» página 323, da, tomándola de Richter, la siguiente explicación de los canastos que se usaban en las orgías.

«The *cista* was originally a cylindrical wicker-basket, as represented on numerous coins and bas-reliefs; later a casket or box of more costly materials, used for holding the mystic emblems of the rites of Bacchus or Ceres, and borne in procession by *cistophori*.»

El Mopsopio dulcia melle feram.—Miel Mopsopia, quiere decir miel Ática. La Ática era llamada Mopsopia, por Mopsopio, rey de los Atenienses. Véase Estrabón, Libro IX, Capítulo I.

Ovidio, en el Libro VI de las Metamorfosis, verso 423, dijo:

Barbara Mopsopos terrebant agmina muros.

Séneca, Hyppolytus, Acto I, verso 121, dijo:

Non, si ille remeet arte Mopsopia potens.